

FANTASMAS DE BUENOS AIRES

Relatos y leyendas



GUILLERMO CONTRERAS

LIBROS
SIN FRONTERAS

FANTASMAS DE BUENOS AIRES

Relatos y leyendas

GUILLERMO CONTRERAS

**LIBROS
SIN FRONTERAS**

Contreras, Guillermo Daniel

Fantasmas de Buenos Aires : relatos y leyendas / Guillermo Daniel Contreras. -
1a ed ilustrada. - Vicente López : Guillermo Daniel Contreras , 2021.

Libro digital, DOC

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-88-0252-7

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos Fantásticos. I. Título.
CDD A863

Fantasmas de Buenos Aires: Relatos y Leyendas

Primera edición: Junio de 2021

Edición artesanal. Libros Sin Fronteras.

Textos: Guillermo Contreras

Corrección: Sofía Estrella

Diseño: Pablo Carducci

Edición, maquetación e impresión: Junio de 2021.

Buenos Aires, Argentina.

guicontreras02@yahoo.com.ar

*Este libro lo escribí charlando con un amigo de toda la vida.
A él se lo dedico, a Jorge Álvarez.*

Este relato fue escrito por mi hijo menor, Nicolás (ENE). Él lo publicó en internet cuando yo vivía en Santiago de Chile y apenas había terminado de escribir este libro; y me pareció que tenía que incluirlo entre mis relatos. Le pedí permiso y aquí está como primer relato de “Fantasmas de Buenos Aires”.

Guillermo Daniel Contreras

Recuerdos de fantasmas (fantasmas del subte)

El sol en su máximo resplandor. Otro día sofocante se despierta en Buenos Aires. Cruzo la plaza, bañada de historia. Y, para más, pronto estarán las Madres.

Como huyendo del sol y el calor que este emana, ingreso en los túneles, Línea A. Subo al tren, me siento, ¿asientos de madera? Casualmente, me he ubicado en el primer vagón. Desde chico, me agradó sentarme justo al frente, de frente al túnel. Trenes antiguos, cubiertos de madera, los trenes de mi infancia. Aunque ahora no sean más que deteriorados, viejos e incómodos para algunos, me encanta viajar en la línea A.

Recuerdo a mi padre, ahora lejos de mi ciudad. Recuerdo subir al subterráneo de su mano, o la de mi madre. Siempre nos sentaban, junto a mi hermano, y mi padre comenzaba su relato. Relato de subtes y fantasmas, de los fantasmas de Buenos Aires. Nos explicaba de qué manera podíamos nosotros llegar a visualizarlos. Siempre era el mismo viaje. Me encantaba. Y ahora,

que ya más de siete calendarios se han borrado en la memoria del tiempo, estoy aquí sentado.

Una señora tapa aquella ventana mágica. Una señora tan elegante como grotesca. Lleva puesto unos zapatos negros, de taco, y una falda larga, también negra, y a pesar del calor, está raramente abrigada y maquillada. Me observa escribir, como sabiendo que de ella lo hago. ¿Y si supiera que está estorbando en el campo de juego de mi infancia?

Levanto la mirada, un cartel dice “Alberti”, avisándome que en la próxima estación debo bajar. Pero unas casi incontrolables ganas de quedarme y pasear una y otra vez los túneles, toman mi cuerpo, aferrándolo al asiento. Y digo casi incontrolables, porque el cansancio y la necesidad de volver a casa, a veces, puede llegar a ganarle. A controlarlo.

Entonces bajo, “Plaza Miserere”, me despido así de los antiguos trenes. Pero siempre... prometiendo volver...

Ene, 2003

Los que van de a dos

Hay fantasmas a los que todos han visto, pero la mayoría no sabe que son fantasmas. La gente se acostumbra a ellos, pero nosotros, a los que alguna vez nos llamaron la atención, muy rápidamente nos dimos cuenta de su verdadero origen.

Ellos suelen aparecer al mismo tiempo en la entrada del Subte B en Lacroze, y a más de tres kilómetros en plaza Francia. Al mismo tiempo que cruzan la Avenida Santa Fe, entran a un café lejos de ahí en Almagro. Siempre van de a dos, visten pantalón marrón, camisa blanca de mangas cortas, con lapiceras en el bolsillo del pecho. Y tienen un color pálido en la piel (que demuestra que no son uno de los nuestros).

El juego que proponen no lo terminé de descifrar. Pero intuyo que su objetivo es ver cómo la gente se confunde. Imaginemos un taxista que hace un rato los acaba de esquivar en la avenida Santa Fe y ve que lo paran en la otra punta de la ciudad. Y lo que es peor, cuando los está llevando hacia Retiro, al parar en un semáforo, los ve cruzar la calle. Yo creo que es la causa por la cual muchos no miran por donde caminan, atropellando a todo el que se les cruza. O, por esa causa, ocupan un asiento del colectivo sin ver que detrás de ellos hay una embarazada o un no vidente. Nunca pude pensar que esa actitud fuera por egoísmo, creo que es temor de ver y creer lo que no se quiere creer.

Los dos bandos

Hay un lugar en Buenos Aires donde sucede una singular batalla entre fantasmas de diferentes bandas. No sé muy bien el nombre de cada bando, pero se diferencian bien entre sí.

Los sábados, pasada la medianoche, o los domingos por la madrugada, se desarrolla esta extraña batalla cuyos preparativos comienzan el sábado por la tarde.

El lugar: la plaza Dorrego, San Telmo. El primer bando toma sus lugares el sábado por la tarde. Salen fantasmas de las puertas enfrentadas a la plaza y, con prisa firme, con soltura y seguridad evidente, van sacando, por puertas y ventanas, mesas, sillas y sombrillas; transformando la plaza en un patio donde, luego, aparece la gente que espera pacientemente esta movida para sentarse y pedir una cerveza, un café, un tostado.

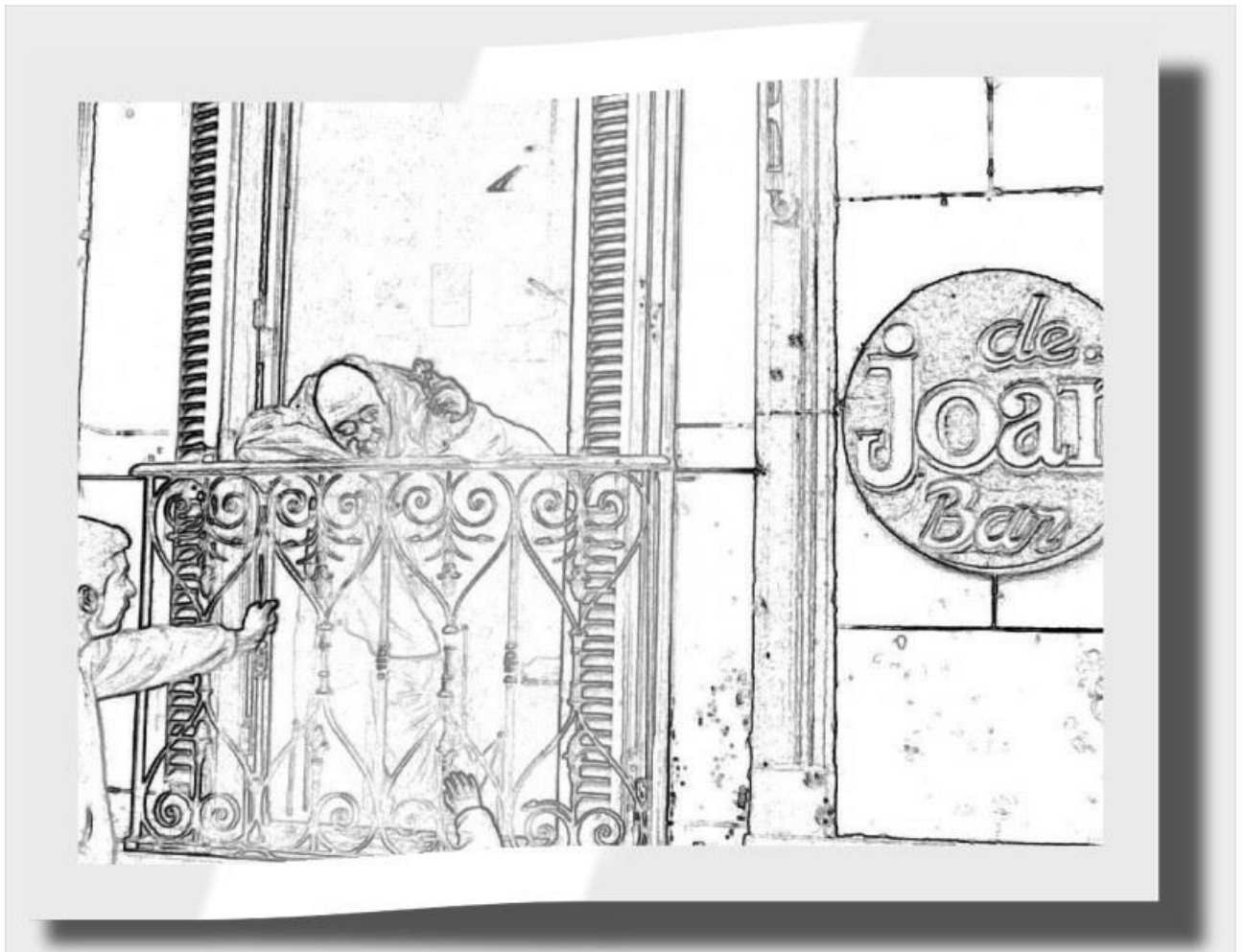
Así avanza la noche. Hasta que estalla la segunda parte de esta batalla interminable. Pasadas las tres o las cuatro de la madrugada, sin previo aviso, en un momento dado, alguien da la señal y ahí comienzan a actuar los dos grupos de fantasmas. Unos pliegan las sillas, las mesas, achican las sombrillas y las devuelven por las ventanas o puertas a lugar de donde salieron.

Al mismo tiempo, sin esperar el fin de esta tarea, el segundo grupo de fantasmas va desplegando caños, maderas, banquitos y toldos que, con un abrir y cerrar de ojos, transforman el patio en una feria.

Yo estoy convencido que los fantasmas de Patio están lentamente tratando de llevar su territorio más allá de las cuatro

de la madrugada, y los fantasmas de la Feria intentan mantener su territorio más cerca de las tres de la madrugada.

Pero yo me seguiré sentando en una de las ventanas del ya extinto bar del frente “Joan” para esperar el desenlace de esta peculiar batalla entre los bandos de fantasmas más visibles de Buenos Aires.



Los fantasmas son aquellos que participan de la vida de la ciudad, pero esta no los tiene en cuenta, los ignora.

Son aquellos que te cambian las realidades, de una a otra, en cierta forma al azar, como jugando.

Son aquellos que ejercen la peculiar profesión de mover las teclas del presente tablero. Son todos los que, con un sonido, logran una melodía, con un color, un paisaje y, con una caricia, la vida.

Si quisiera describirlos, diría que son altos y petizos, gordos y flacos. Suelen andar solos y acompañados. Eso sí, aparecen de día y de noche.

Son los que quieren ser y hacen lo que quieren hacer. Tal vez por eso, los admiramos tanto.

Cada uno tiene tareas adjudicadas, pero corremos el riesgo de que, como los conocemos por su tareas “El que mueve el reloj de Retiro”, “El que cambia los platos en la Robla”, “El que apaga los semáforos”, “El del Obelisco” , “Los del Fútbol”, sean, en algunos casos, el mismo y nunca lo podríamos saber.

Muchos quisieron atraparlos. Para nosotros, los habitantes de Buenos Aires, lo que no se atrapa no se tiene. Pero no es así, yo los tengo, los disfruto y no los atrapé nunca. Ni lo haría.

El fantasma del subte

Hace ya mucho tiempo que me vengo sentando en diferentes ocasiones, a veces más de una noche entera, a escuchar los testimonios de hombres que, durante años, trabajaron manejando los trenes subterráneos.

¿Por qué hice esto? Hay una razón. Hay testimonios entre los pasajeros habituales de los subtes que hablan de la existencia de fantasmas en sus túneles, de lugares donde específicamente se muestran, y la forma extraña en que se muestran.

Luego de varias entrevistas deduje, y es solo una teoría, que los fantasmas del subte han creado un juego con los pasajeros. El juego se parece a la “escondida”, esto especialmente es negado por algunos que se empeñan en analizar fríamente datos estadísticos, para esto llevan registro sobre día y hora en que se avistaron como para formar una tabla de apariciones. Esta tarea, por demás rebuscada, ha terminado en laberintos intelectuales de los que no han podido salir.

Para aquellos que niegan su existencia basados en la afirmación de que no toda la gente los ve. Mi respuesta es que no a toda la gente le gusta jugar.

Pude comprobar dos métodos para descubrirlos, los que responden a dos juegos que proponen los fantasmas del subte.

Una forma, la primera que experimenté, fue en vagones donde los pasajeros pueden sentarse mirando al frente, en el primer vagón enfrentando el parabrisas. Y la forma de verlos consiste, y esto lo escuché por testimonio directo de más de diez conductores de trenes, en esperar el momento en que el tren

entra a un túnel nuevo y aguantar estoicamente para no mirar hacia los costados. Es en esos momentos que, en los extremos de nuestra vista, los vamos a ver moverse. Estos movimientos son extrañas danzas que logran relajarnos en los viajes.



Descubrí también que ahí aparecen y permanecen todo el tiempo que sostengamos la vista al frente. En cuanto nos tentamos y dirigimos los ojos a ellos, ¡¡¡FUSS!!! Desaparecen.

El segundo juego lo descubrí casi de casualidad. Subí a una formación en el primer vagón (como siempre, para intentar sentarme para poder verlos), pero ya estaban los asientos ocupados. No me alejé mucho, siempre espero que el que esté sentado enfrente al parabrisas baje antes que yo. Así, me puse de espaldas a la puerta y me dispuse a esperar.

El tren arrancó. Comenzó el túnel, y me di cuenta de que las ventanas que tenía enfrente se transformaban en espejos; recorrimos el túnel, terminó, se aclaró, se deshicieron los espejos y el tren paró. Otra estación, ansioso esperé que arrancase para poder ver otra vez los espejos.

Cuando entró el tren al túnel, miré rápido y, en la ventana, vi lo que pasaba a mi alrededor. Gente que se paraba e iba a bajar. Otra vez, se desvanecieron los espejos en el cartel de la estación Medrano. Bajó la gente. Miré el vagón y solo quedábamos una chica y yo en el vagón. Ahí íbamos, quería verla y verme en los mágicos espejos. Los espejos aparecieron, estaba yo, estaba ella y dos más. Un muchacho de suéter rojo y un hombre de saco amarillo.

Giré la cabeza, los busqué en el vagón, no estaban. Miré los espejos y volvía la luz. Cuando abrió la puerta, la chica bajó. Seguí una estación más.

En este relato, está resumido el segundo juego. Lo volví a hacer y la clave está en fijarse en las ventanas-espejos, en los que visten de rojo o amarillo (vaya uno a saber por qué) y, si los buscas dentro del vagón (¡ese es el juego!, no están).

Hoy, con los nuevos vagones de la línea B, se facilita este juego, pero a veces no da la altura para estar sentado y ver las ventanas-espejos.

Los fantasmas del fútbol

Fantasmas que, en Buenos Aires, son respetados y admirados por todos. Una ciudad que emerge cada vez que hay fútbol. A pesar de que no entra este deporte en las tradiciones de los fantasmas, he descubierto que los fantasmas de Buenos Aires son también adictos al fútbol.

Tanto que son ellos los culpables directos de un empate sobre la hora, o de un penal errado en un clásico, o de un fantástico gol en una tarde soleada. Se podría decir que son los fantasmas más divertidos y simpáticos de los que viven en Buenos Aires.

En algunos casos, se sabe, de tanto ímpetu que puso algún fantasma en participar de un partido, que la creencia popular asegura que Bochini, Alonso, Ángel Rojas y tantos otros magos del balón, no son sino fantasmas del fútbol empeñados en sobresalir.

Yo no lo aseguro, pero tengo en mi poder suficientes pruebas que incriminan a estos y otros grandes con lo mágico. La magia de la alegría de mi pueblo, que yo no dudo que son responsables nuestros grandes fantasmas.

Sobre este tema hay una anécdota que todos, de alguna forma, conocen.

Los ingleses dicen y aseguran, jurando hasta por su reina, que en Malvinas un fantasma argentino le bajaba los Harrier con la mano, y más aún aseguran también que ese mismo fantasma andaba por las tardes entre los barcos de su flota sin que nadie

pudiera alcanzarlo, y al último barco al pasar lo hundía de un zurdazo impresionante.

Esta leyenda nos queda más en claro si recordamos dos cosas. Primero, los ingleses acostumbran tomar de más. Y, la segunda, en ese estado, no saben diferenciar el Sur del Norte. En estas condiciones, no es raro que confundan Malvinas con Méjico.

O crean que Maradona es un Pucará.

Los fantasmas del río

Los fantasmas del río son lentos, como nuestro Río de la Plata; tienen un extraño llamado que atrae a admiradores y suicidas.

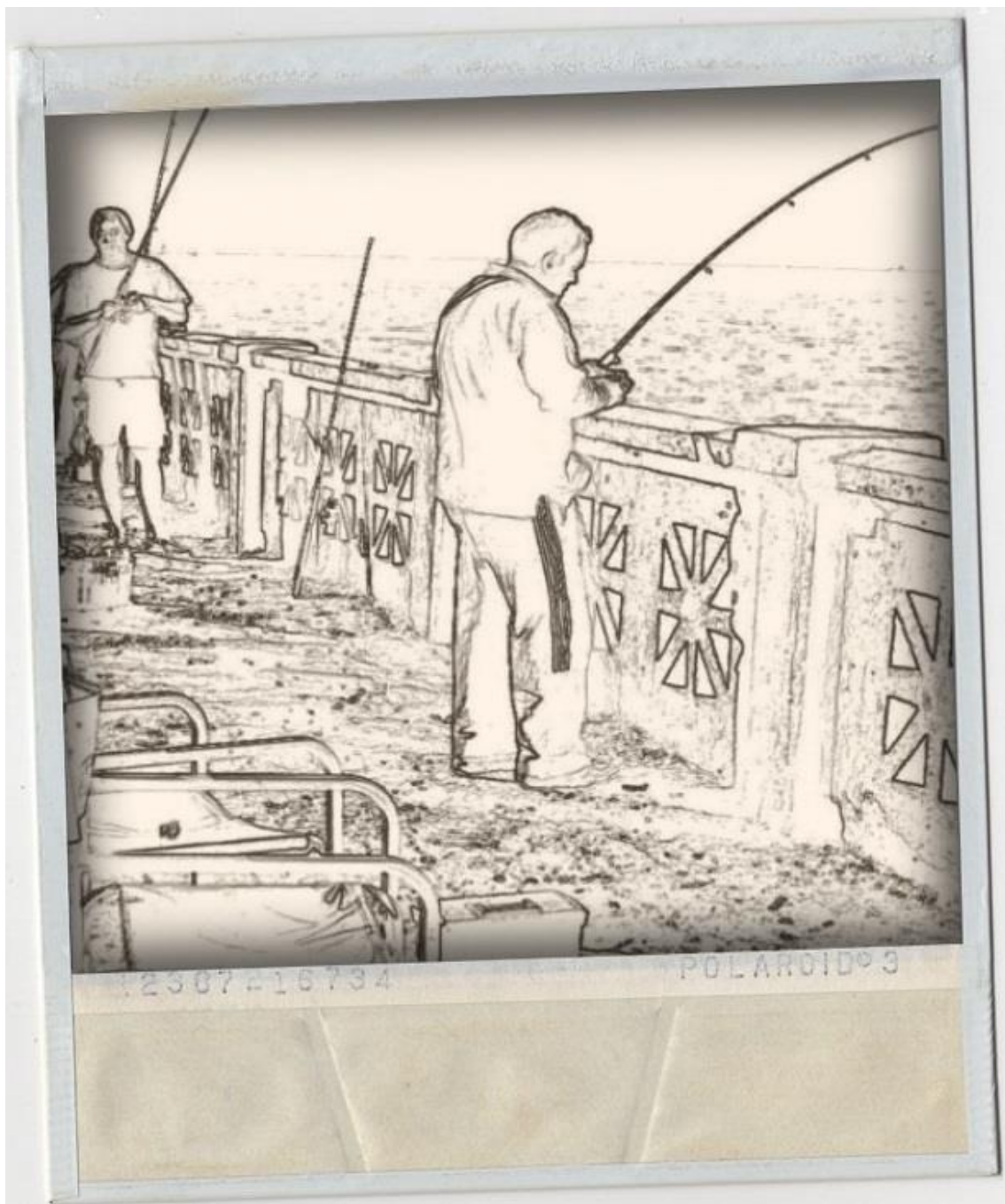
En un tiempo, los porteños intentaron demostrar que en el río había sirenas. Se escribieron libros, se grabaron documentales, se armaron conferencias y debates populares. Se ofrecieron recompensas a todo aquel que aportase pruebas para comprobar lo que todos ya sabían y aceptaban.

Alguien más audaz intentó que, en la escuela, a partir de cuarto grado se obligase a preparar un trabajo de grupo, con láminas y todo, sobre las sirenas del Río de la Plata.

Hoy, pasada ya la euforia de otros tiempos, y parados sobre verdades científicas, saben los porteños que es imposible que una sola sirena del mar se adentre en nuestro abandonado y triste río.

Pero nosotros también sabemos que no hay río, por sucio que esté, que detenga a los fantasmas.

Basados en este aquí resumido, pero completo estudio, hoy podemos asegurar que, cuando los porteños decían ver la costa del Uruguay, estaban viendo un reflejo de los sueños de los fantasmas del río. También podemos asegurar que muchos porteños se han transformado en adoradores de estos fantasmas.



Estos porteños, hace muchos, muchísimos años eran conocidos como pescadores. Porque preparaban durante el día la caña, anzuelos, carnada, un bolso, un pan con milanesa. Tomaban el tren a Retiro. De ahí, caminaban hasta la costanera. Pasaban la noche ahí. Para, por la mañana, volver a sus casas. A veces, con algún pescado en su bolso.

En estos tiempos, el rito se mantiene. Pueden hacerse llamar pescadores, pero llama la atención un detalle. Preparan el día anterior la caña y todas las cosas, salen con el bolso, toman el tren, caminan hacia la costanera, se paran ahí toda la noche. Y he aquí lo que los delata. Nunca traen un pescado a casa.

Hoy, se enmascaran en la condición de pescadores todos los que conocen los secretos del río. Ellos adoran noches enteras la serenidad y el canto de estos dulces fantasmas del río.

Quién no se preguntó alguna vez: ¿qué hacen ahí tantos pescadores?

El fantasma del obelisco

El fantasma del obelisco es aquel que, a pesar de estar en el lugar más visible de Buenos Aires, es el que pocos porteños han visto.

Aquí, hay que juntar varios datos, a saber: un turista europeo mandó una vez al diario “La Nación” una foto que él mismo había sacado desde unas cuadras del obelisco. De la foto, hoy no se tienen noticias. Se entenderá porque el diario que la recibió nunca se atrevió a publicarla por temor al fraude. Pero, por descripciones de la época, hechas por un distinguido periodista, la foto estaba sacada del lado de 9 de Julio en un punto en que una persona parada ahí, mirando exactamente hacia el sur vería el obelisco a unos treinta grados a su derecha.

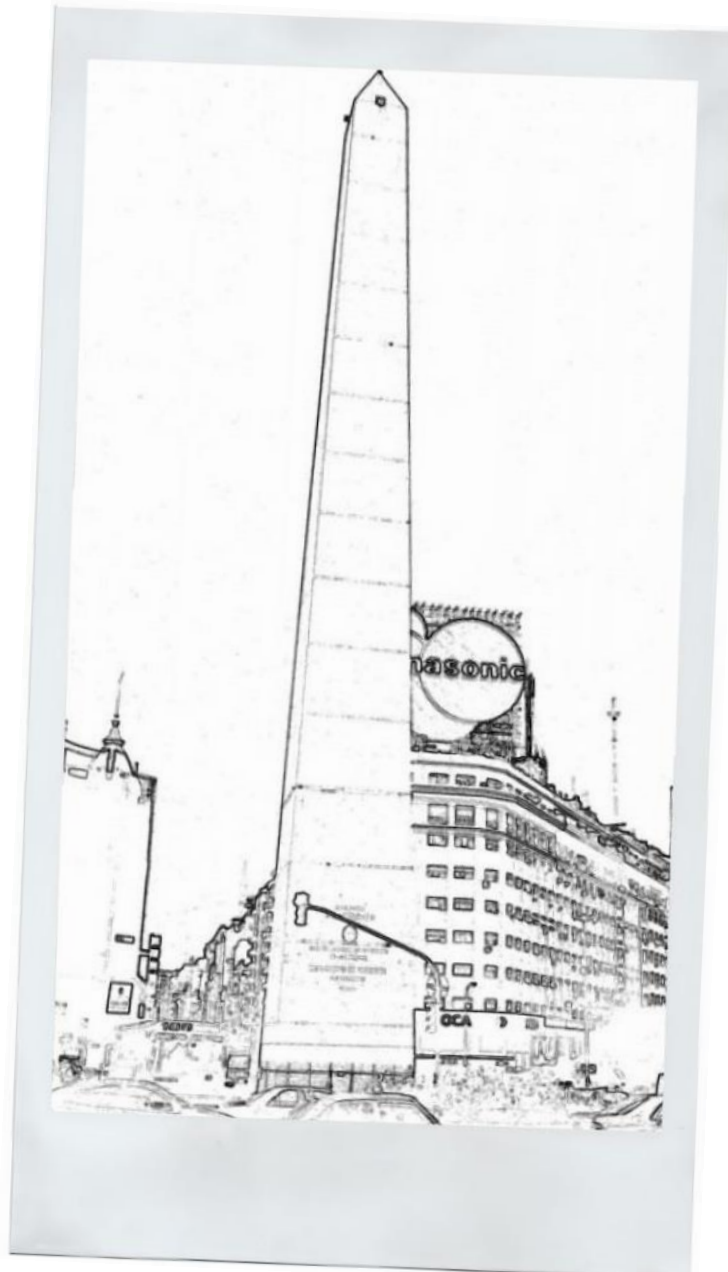
Segundo dato, lo da un canillita que, durante años, vendió diarios por la tarde en la avenida 9 de Julio y Córdoba, en la plaza entre los carriles que van hacia Libertador. Él dice haber observado durante mucho tiempo a alguien que parecía saludarlo desde la ventana, arriba de todo del obelisco. Hasta que alguien le contó que, en esos años, nadie subía al obelisco.

De estos relatos, se puede precisar el lugar exacto donde hay que estar parado para ver al fantasma de obelisco. Este lugar está sobre esa plaza apenas unos metros hacia el obelisco, viniendo desde la avenida Córdoba.

Hay una tradición que dice que, en la División Catastro de la Municipalidad de Buenos Aires, está el plano (dibujado hace años por un perito investigador) donde se especifica con una equis (“X”) el lugar exacto. El que pueda ubicar ese lugar verá

con seguridad al fantasma del Obelisco. Yo quise buscar este plano y hasta hoy solo he logrado perderme entre pasillos y carpetas.

Ahora entiendo porque hay muchos empeñados en amontonar en esas dependencias Municipales cada vez más y más papeles, carpetas y tierra. Es una extraña confabulación, tal vez alimentada por los fantasmas Municipales, para hacer difícil el encuentro del fantasma del obelisco. Y, si no fuera por esto, todos podrían verlo, porque es el único que se muestra a todos los que se paren en el lugar exacto.



El fantasma del taxi

Hay un taxi en Buenos Aires que es manejado por un fantasma. Este, según información que recopilamos, se divierte asustando a los pasajeros y a las pasajeras que distraídos se dan cuenta del faltante de chofer cuando quieren pedir fuego, o cuando van a pagar. Esto pasa porque generalmente las pasajeras dedican el viaje en taxi para retocar su maquillaje o arreglar su cabello, y los pasajeros suelen ir leyendo el diario o mirando el celular.

Un amigo asegura haberlo visto pasar y que el taxi no va solo. Según su explicación, el chofer es muy petiso y una vez sentado frente al volante es imposible verlo. Pero yo sostengo los testimonios de muchas mujeres que, al querer pagar el viaje, no encontraron al chofer, bajaron asustadas y corrieron hasta sus casas. Este testimonio se refuerza con el de varios cadetes del centro que reunidos en la cena anual de cadetes de Buenos Aires dijeron haber parado un taxi, y que, cuando fueron a abrir la puerta, no vieron a nadie, mirando el piso buscaron otro taxi y se fueron.

Hay un comisario detractor que asegura que, en su comisaría, hay cientos de denuncias de un taxista de baja estatura que declara que los que viajan en su taxi se bajan sin pagar y corren porque saben que, como él es pequeño, no las alcanzaría. Yo sé que el taxi sin chofer existe, como el avión sin azafata, o el autobomba sin bomberos que, por las noches, con su sirena a todo volumen cruza Buenos Aires sin destino seguro.



El fantasma del barrio

En mi barrio, hay una cuadra donde sus habitantes viven calladamente el juego de un fantasma que cambia lo que el diariero deja todas las mañanas.

El juego consiste en cambiar en cada casa el envío del diariero, pero lo que llegamos a deducir es que lo intercambia con el vecino que vive exactamente al frente. Por lo tanto, después de mucho tiempo quedo claro por qué recibía La Nación Don José y, frente de su casa, el señor García recibía Crónica. Lo que no pudimos nunca entender es que, a pesar de vivir enfrente, la señora María recibía la revista Gente y Cholo recibía el Gráfico.

Estas confusiones hicieron que el hecho no se denunciase. No siempre es bueno que la policía sepa qué es lo que lees.

Ante la opción de dejar de recibir el pedido, para no ser más víctima, el fantasma hace que cliente que toma esta decisión pase a recibir todas las publicaciones que nunca nadie compra. Como las revistas con instrucciones de cómo armar un sulky, o cómo conducir un trineo.

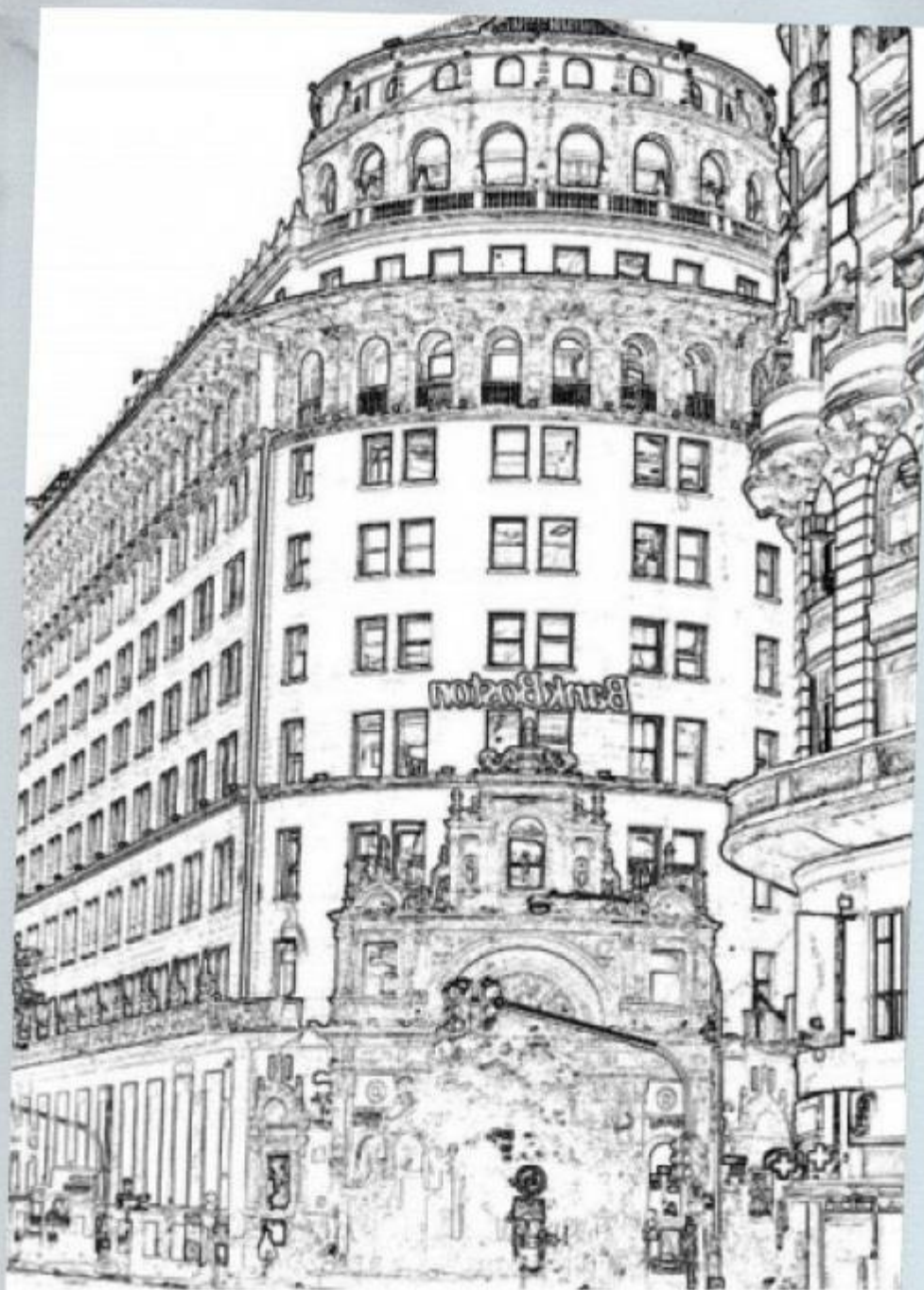
Los que no nos dejan terminar el edificio

Hay, en la avenida Las Heras, un edificio que quedó sin revoques. Cada vez que algún funcionario, o alguna empresa, intentó recubrir su fachada, se encontró por la mañana con que todo el trabajo del día anterior había sido sacado.

Si ponían cemento, aparecía por la mañana al borde del cordón todo amontonado, y otra vez los ladrillos pelados. Una vez, una empresa quiso probar con cerámica. La primera noche no sacaron nada, parecía que habían encontrado la forma. ¡La cerámica los fantasmas no la sacaban! Así que, decidieron poner el segundo día la mayor cantidad posible. Contrataron a todos los ceramistas disponibles en Buenos Aires, la mayor cantidad de obreros posible y comenzaron. A la mañana del tercer día, en varias cuerdas a la redonda, aparecieron cerámicas pegadas en forma dispar en los frentes de muchas casas; y el edificio, otra vez, amaneció sin nada sobre los ladrillos.

Tan grande fue la pegada de cerámicas de esa noche que, a muchas casas de los alrededores, sus dueños les terminaron los frentes de cerámicas, porque amanecieron casi cubiertas por completo.

Aun hoy día, nos dicen que ese edificio de la Universidad nunca se quiso recubrir. Pero todos sabemos que a los fantasmas les gustó así, y así quedó



0434107087-8

El fantasma de la estación Malabia

De este, no voy a hablar. Solo diré que es un fantasma que he visto dos veces. Una cada 20 años.

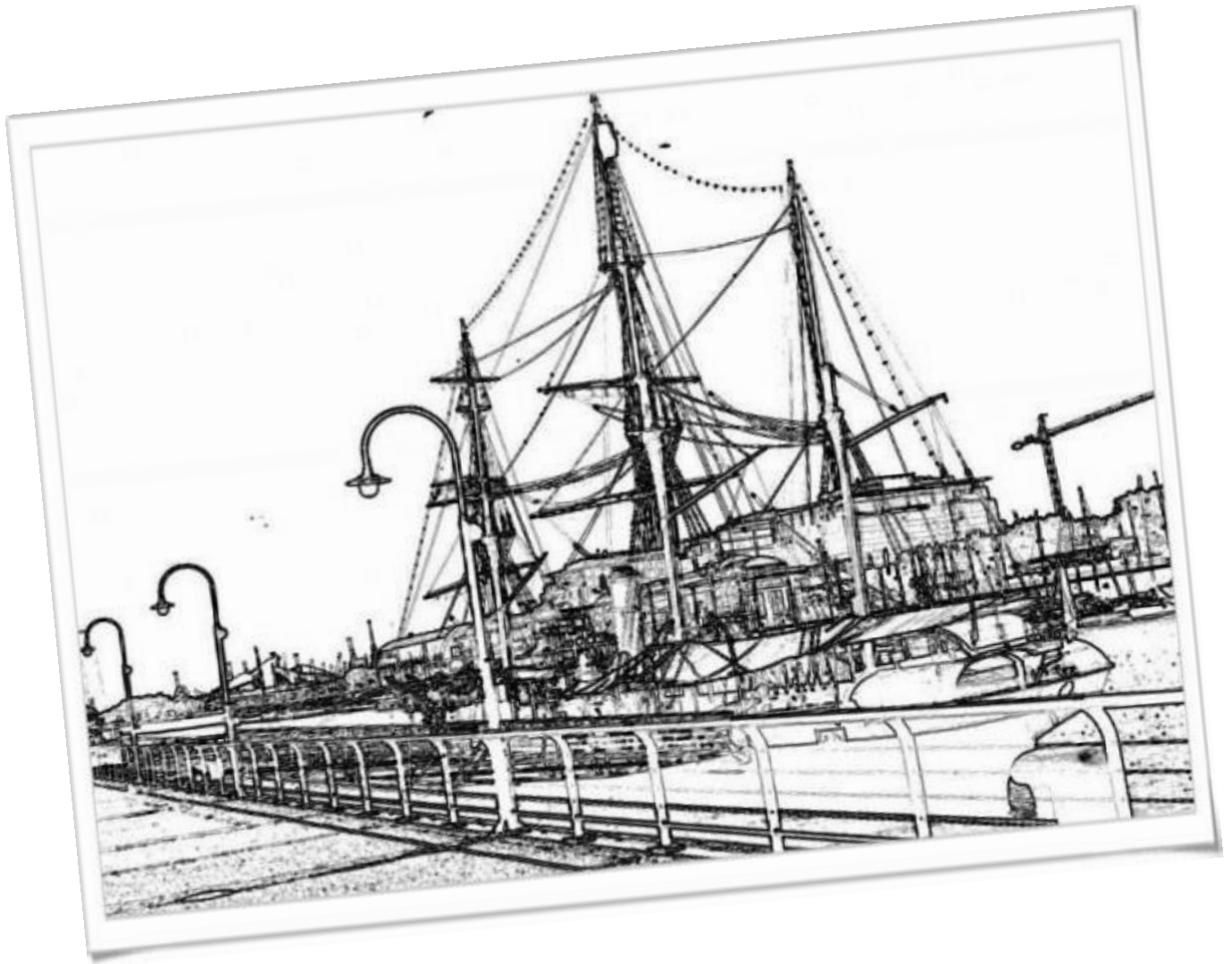
Por lo que espero no sea este un fantasma puntual.

Los fantasmas del Riachuelo

Fantasmas de los colores transformaron, en otros tiempos, las aguas del riachuelo en paletas de pinturas. Mezclaban los tonos con atardeceres, cascos, banderas y sombras, e hicieron de la Boca un paisaje donde los colores eran los fantasmas, donde los fantasmas recostados entre los barcos eran los colores.

Pasaron los años, cayeron tranvías, murieron los barcos. Hasta la Polaca lloró por sus hermanas y por los sueños perdidos en las camas. Y dicen que los fantasmas no soportaron las lágrimas de una niña. Dicen que los fantasmas podían perder hasta sus colores bajo la tristeza. Dicen, también, que, a medida que pasó el tiempo y el Riachuelo se volvió gris, los fantasmas se trasladaron, en los hombros de la vida, a las casas, a los conventillos, a las veredas de la Boca. Y, en algunos casos, quedaron en los pinceles y en las telas, en las fotos, en los ojos de la gente.

Los colores de este río, los fantasmas de alegría, preservaron su presencia quedando fuera del agua, dentro del puerto. Y, de esta forma, respetaron las lágrimas de una niña que, en Europa, soñó con ser madre y, en América, murió por las tardes.



Los fantasmas de los semáforos

Hace años, en Buenos Aires, querían poder dominar el cambio de luces de los semáforos. Esto que voy a contarles va a ser negado por cualquier responsable de mantenimiento de semáforos. No pueden aceptarlo públicamente por orden expresa de sus jefes y contratistas.

Una vez instalados todos los semáforos de Buenos Aires, se llamó a reunión de expertos en tránsito para que revisaran el funcionamiento y el flujo de automóviles por la ciudad. Por conclusión, después de revisar durante un año el diseño de las calles, puentes, avenidas y salidas de la ciudad, se llegó a él acuerdo de que los semáforos podían sincronizarse para el mejor fluir del tránsito.

Comenzaron a intentarlo desde el Norte (Av. Libertador) hacia Retiro; y desde el sur (Av. 9 de Julio) también hacia el centro y lo que lograban era sincronizar hasta cinco semáforos y, cuando llegaban al sexto, el primero alteraba su ritmo. No se podía nunca aumentar el número de semáforos sincronizados.

Un intendente mandó a comprar equipos nuevos de control y tampoco lograban avanzar. Hoy, llegaron a un complejo sistema de mantenimiento con el cual logran disimular la rápida acción del fantasma de los semáforos. Este logra que la secuencia verde-amarillo-rojo sea, a veces, verde-amarillo-verde, lo que deja a muchos conductores con el embrague a medio soltar y, a muchos peatones que terminan el día, creyendo que ellos confundieron la secuencia y casi cruzan en rojo. Esto lo comentan a sus médicos, a sus esposas y, en algunos casos, toman unas vacaciones adelantadas por temor a estar perdiendo salud mental.

Otro fantasma del semáforo

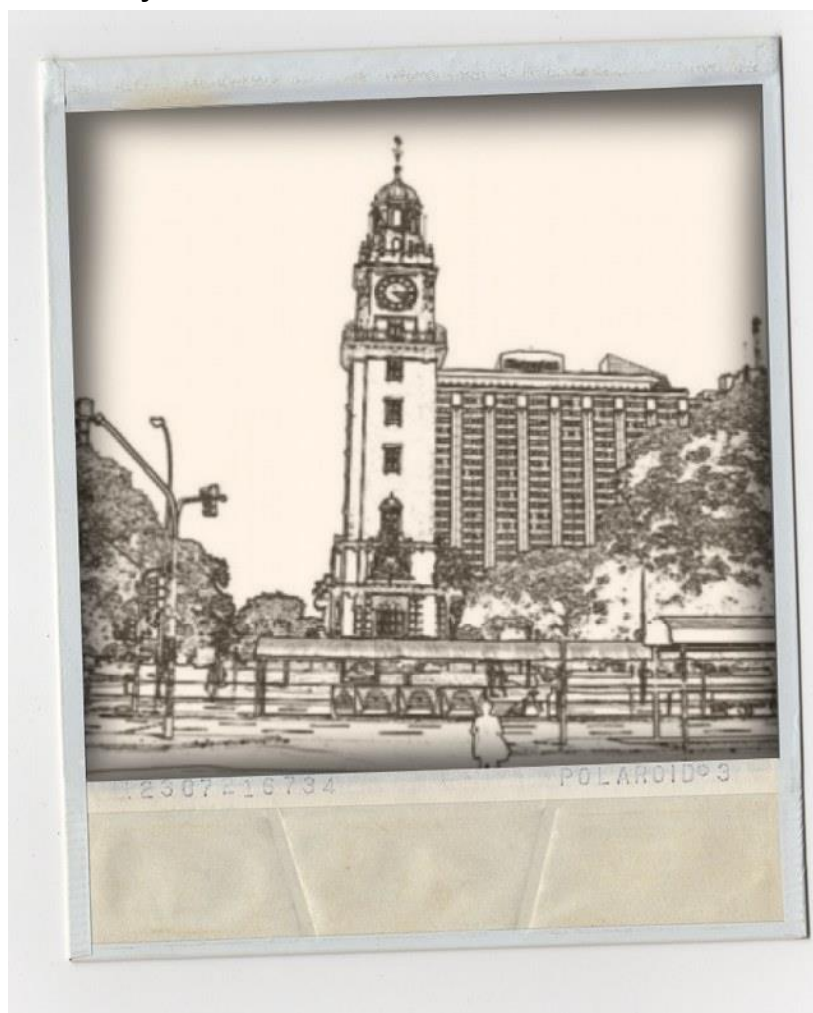
En buenos Aires, doblas una esquina y, en la siguiente, hay semáforo, está verde, te acercas lento o apurado, eso no importa, cuando faltan 10 metros para llegar estará rojo. Así, en casi todas las esquinas.

Fantasma del reloj de Retiro

Al llegar a la estación de Retiro del Ferrocarril Belgrano y, aunque uno no lo quiera, lo primero que ve es el viejo tablero con la lista de las estaciones por las que pasa el próximo tren y, al lado, la lista del siguiente tren.

Estas listas rara vez cambian, son siempre las mismas, pero es bueno saber que estos tableros están preparados para cambiar las estaciones o sacar alguna si el tren decidiera no parar en ella. Por encima de cada lista, hay un reloj, que marca la hora de partida del tren correspondiente.

Todos sabemos que, frente a Retiro, hay una torre que por ser de tan insolente país hasta los fantasmas huyen de ella. Y uno de estos fantasmas, el que se encargaba del reloj de la torre, se quedó en los relojes de Retiro.



Al llegar uno a la estación, sucede que, como el fantasma se dedica a cambiar caprichosamente las agujas de los relojes, a veces cambia los que marcan la hora de salida y otras cambia los relojes de las columnas. Así logra confundir a los viajeros, quienes desconcertados entran a otro andén o toman el tren equivocado. De esa forma, el fantasma logra retrasar encuentros, no se dan encuentros de padres con hijos o encuentros de familias. En algunos casos, he sabido de casamientos que suceden más de diez años después de lo esperado.

Y seguimos mirando el reloj. Pocos saben que hay un fantasma que no quiso vivir en la Torre de los ingleses y se cruzó a Retiro con fina pretensión de hacerse notar.

Fantasma del colectivo 93

Este fantasma tiene sus imitadores, como el fantasma de la línea 123, o el tan conocido de la línea 60.

Pero yo conocí hace muchos años al primero de estos fantasmas de los colectivos: el de la línea 93.

Este fantasma no está todo el tiempo en el colectivo, generalmente, sube en Chacarita y baja pasando Retiro.

Cuando él sube, el recorrido se ve alterado. Todos saben que, después de Chacarita, pasa por Palermo, el Zoológico, Las Heras, Plaza Francia y llega a Retiro. Bueno, lo que hace es saltar alguno de esos lugares, por ejemplo, es común que, viajando en la línea, al salir de Chacarita, el viajero se vea inundado por el sueño y, cuando despierta, ya pasó, por ejemplo, por el Zoológico. Lo que no saben los viajeros es que el colectivo nunca pasó por Palermo, simplemente el fantasma saltó parte del recorrido.

Otras veces, el viajero duerme después de Las Heras y, cuando despierta está en Retiro. No se entera que por Plaza Francia nunca pasó.

Luego, tomando la idea de este fantasma, otros se subieron a otras líneas. Por ejemplo, sé que el de la línea 123 sube generalmente en General Paz y Beiró, y se baja pasando Flores.

Lo que nunca supe es por dónde pasan estos colectivos cuando desvían sus recorridos, y eso que he intentado abrir los ojos en esos viajes. Pero pesan...Yo no he podido.

Buenos Aires subterráneo

En Buenos Aires, por las tardes, cuando su gente se mueve hacia las casas en las afueras, cuando la gente llena los trenes y colectivos, surgen de sus entrañas los verdaderos fantasmas de un pueblo que, a veces, olvida de dónde viene.

Al sur de la ciudad, suena candombe y, al ritmo abierto de tambores, bailan cientos de fantasmas negros con ropas de colores.

Por la zona de Palermo, suena un tango, y muchos fantasmas de traje negro, cuchilleros y peleadores, miran a la mina de esa noche con erótico arrabal, sensible y bailarín.

Más al norte, suenan panderetas, y comunidades de fantasmas gallegos danzan, sus agresivas mujeres gitaneando la vida. Por el centro, se escuchan gritos, discusiones, se canta tarantela y, a veces, los fantasmas “tanos” que van a la “cusina” y aún toman “la sartene” por el mango.

Buenos Aires no cambia. Al fondo, al oeste, fantasmas nativos y fantasmas gauchos llenan lagos de lágrimas caídas en la pampa, pero revolean aún boleadoras de orgullo de lo poco que tienen.

Fantasmas turcos, griegos, alemanes no tan comunes pero infaltables.

Por las tardes, suena Buenos Aires como un lamento lento de quienes aún no saben de qué tierra son, de aquí, o de allá. Buenos Aires y sus fantasmas son así. ¿Quién los entiende?

Sobre los fantasmas

De amor en la vereda,
de la mano que ofrece un mate, del beso tierno.
Fantasmas que bailan calle abajo en la ciudad,
que vuelan con la falda de la niña que espera el amor.
Fantasmas que gritan al oído del niño
que debe ser tierno esa tarde, que ella lo espera,
que el amor crece y será exaltación.
Fantasma que llora solo en la vereda,
y pasa su amor de la mano de alguien,
se levanta y mira otras esquinas,
sabiendo que doblará en su propia esquina.
Fantasma del olvido, del recuerdo, del amor,
del desamor, fantasma de la vida, de la muerte.
La vereda sigue ahí, solo pasa y ellos se colgaran de tu falda.
¿Te animas?

Fantasmas de los encuentros

He sabido de encuentros que se logran.

Sucedió hace mucho que una señora de familia patricia se enamoró del hijo del verdulero de la esquina. Hoy, esa señora, de dos apellidos ilustres, maneja la camioneta de la verdulería de Don Pedro.

Buenos Aires tiene encuentros que solo los fantasmas pueden propiciar.

Fantasma de las librerías

En la calle Corrientes, a lo largo de varias cuadras, conviven diversas librerías. En esas librerías, hay varios fantasmas. Están los que leen en voz alta, los que pasan las hojas de los libros cuando alguien pasa cerca y está el que cambia los precios de los libros.

Si compras un libro que no encontrabas y lo consigues a veinte pesos, él pondrá el mismo libro a la vista y a quince o a diez pesos en las dos próximas librerías que entres. Como saben esto, hay quienes recorren todas las librerías antes de comprar y se aseguran, de esa manera, de que el libro elegido no esté en otro lado, marcan la librería donde sí está, vuelven y lo compran. Cuando salen y van camino al colectivo, aparecen vendedores ofreciéndolo más barato en todas las otras librerías.

Las librerías de Corrientes no tienen la lógica simple de otras librerías. No esperes ver lo que ves en otras. Los libros ahí son ordenados, guardados y distribuidos por la noche por los fantasmas bibliotecarios.



Quien se enamora en Buenos Aires de una niña que pasa seguro no lo dirá, pero es también seguro que, tarde o temprano, la ciudad volverá a juntarlos. La ciudad es la verdadera enamorada y los propicia.

Si pierdes un reloj en el lado sur de la ciudad, toma rápido un colectivo que te lleve al norte, y junto al río encontrarás la luna.

Si pierdes la billetera al norte de la ciudad, toma el tren rápido hacia el sur de la ciudad y junto al río encontrarás el amanecer.

Si corres al oeste, no estarás junto al río, pero la corriente de gente es más fuerte aquí y encontrarás el sol.

En Buenos Aires, se pierden las cosas y se encuentra la vida.

El fantasma de la Casa Rosada

A este fantasma lo vi tras los brazos levantados del presidente. Otra vez, lo vi sentado en la gorra de algún insignificante general que creía imponer respeto.

Por la tarde, lo vi entre presidentes y déspotas. Otra vez, lo vi llorar cuando un alcohólico anunciaba la guerra.

Muchos jueves, bajaba a la plaza y andaba entre las Madres. Lo vi desconcertado ver salir el helicóptero que se llevaba un fracaso.

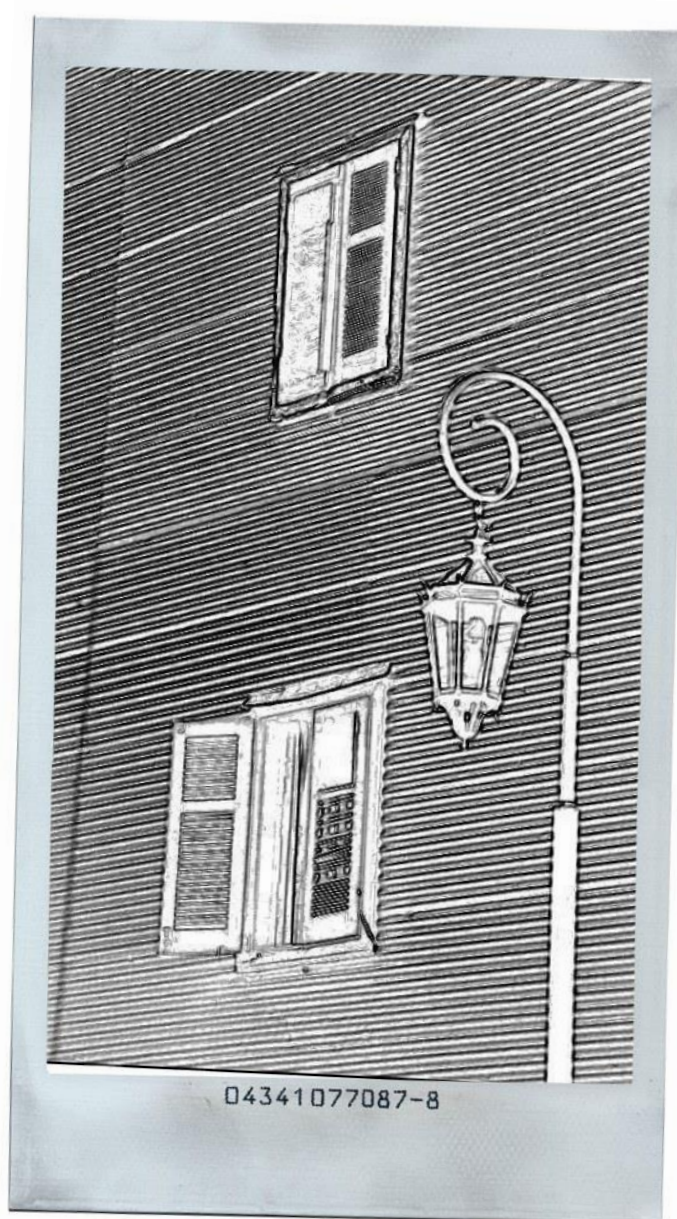
Y piensa, siempre piensa si debe seguir metido es esa casa.



Los fantasmas de los faroles

Los faroles de Buenos Aires tienen fantasmas que demuestran un placer especial en verse reflejados en el piso después de las lluvias. Lo que hace que se enciendan solo luego de ellas.

Dicen que esa es la razón de que cada año llueva más en la ciudad.



Fantasma del mate

En el mate de la tarde, que va de mano en mano llevando calor del encuentro, está el Fantasma que, desde que el sol se anuncia, salta de pavas calientes a mesas ardientes.

Junta amigos a charlar asuntos. Abraza familias a amasar sueños. Sella parejas en miradas tiernas. Mate que nunca se olvida, el del abuelo italiano que le pone leche, o la mano de la abuela que agrega cascaritas de naranja.

O una amiga te ofrece un mate declarante, y acaricias sus manos al recibirlo. El mundo se ve simple después de un mate, se arreglan conflictos, se planean gobiernos.

El mate está en la escuela, en el taller, en la calle, bajo un puente. El agua calentada en cocinas ricas, en hornallas simples, en braseros pobres, pero todas las cocinas logran el mismo calor. Con mates de calabaza, de madera, de cerámica o metal, pero siempre con el mismo corazón.

Fantasma que hace cosquillas a Buenos Aires en cada mano que ceba un mate, o hace caricias en cada acto de recibir un mate. Fantasma que abre el corazón del que ofrece un mate. Y, también, festeja ante cada reunión que genera.

Si vienes alguna vez a Buenos Aires, no dejes de formar parte de una ronda de mate. Es en ese momento que verás a todos los fantasmas de Buenos Aires juntos. Y, un consejo, toma el mate, aunque no quieras beberlo, sostenlo unos instantes y estarás teniendo en tu mano el mayor signo de amistad que un pueblo te puede entregar.

Los fantasmas siempre

Se divierten cuando logran que se enamoren un hombre mayor de una hermosa mujer de menos de 25 años. O cuando una señora mayor se enamora de un joven de no más de 30. En estos casos, los fantasmas se juntan en la vereda del joven, o en el auto de la joven, y permanecen cerca de esas parejas.

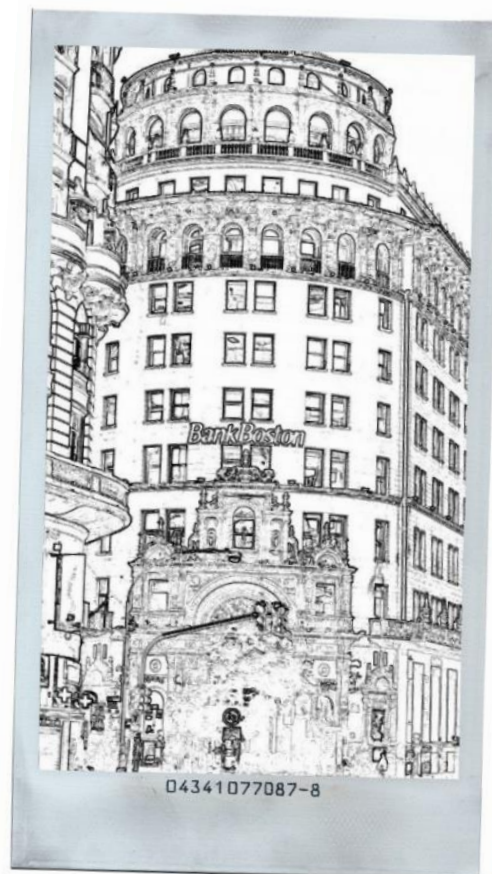
No creemos que sea un espíritu morboso. Más bien es, que como a esas parejas todos las van a estar mirando, al estar cerca de ellas se amplían las posibilidades de que alguien vea a los fantasmas.

Suelen tomarse de las solapas de un saco de cuello amplio.

O van tomados de la cintura de toda chica que se pasee llamando la atención.

Se juntan a los movimientos de los músicos, de los payasos, de los líderes, de los caminantes o de cualquiera que pueda ser objeto de las miradas de otros.

Y, por ese deseo ancestral de contar con algunos fantasmas personales, es que las mujeres se arreglan tanto, y los hombres nos afeitamos, peinamos y nos ponemos perfumes. Cada día, es un desafío de esta lucha por ser vistos. Lucha que provocaron ellos: los fantasmas de Buenos Aires.



ISBN 978-987-88-0252-7

